

una fuente inagotable de consecuencias; pero he dado á esta carta una latitud mayor que lo que imaginaba, y debo por lo mismo ponerla término. ¡Ved pues cuánto importaba para la gloria de Dios, la luz de la fe y la edificación de la humanidad esta solemne preparacion de Jesucristo, para dar principio á la mision augusta de luz y de gracia, de verdad, virtud y felicidad que lo trajo á la tierra! ¡Con cuánta majestad no se presenta, cuando saliendo de la soledad misteriosa de un desierto, aparece delante de las turbas á enseñarlas el reino de Dios; cuando se ha hecho preceder de un personaje cuya doctrina pura, cuya vida de misterio, cuya santidad extraordinaria penetra de admiracion á las turbas! ¡Qué grande aparece la penitencia, cuando la consagra Jesus entregándose á todas sus asperidades! La tentacion, hijos míos, perdió el poder de amilanar el espíritu desde que Jesus la permitió sobre sí; y el alma entera y generosa que no ha recibido en vano la gracia de Jesucristo, pasa por las fatigas del combate con la serenidad que la inspira la suficiencia de sus armas; acecha las avenidas de sus adversarios, les combate con vigor, rinde sus esfuerzos y les hace caer á sus piés. Ea pues, hijos míos, dad vosotros una prueba de que no habéis recibido en vano la gracia del Señor: nunca echéis en olvido, para que no seáis víctimas de una sorpresa, que la vida del hombre sobre la tierra es una lucha incesante; pero tened presente asimismo, que pudiéndolo todo en Aquel que nos conforta, vuestra será la culpa si quedáis vencidos. Haced vuestro camino; pero con los ojos fijos en la eternidad: ved esas coronas inmarcesibles de gloria prometidas á los atletas que rindieren á sus adversarios; pero sabed que no ha de recibir las, sino el que haya salido con gloria en la contienda, como dice San Pablo. El reino de los cielos padece violencia: ¿le queréis conquistar? defended pues ó recobrad la inestimable gracia de vuestro bautismo: negaos á vosotros mismos, para estrecharos con la cruz de la penitencia, y seguid las huellas de vuestro Salvador: sed fuertes con la gracia contra las terribles tentaciones; mas buscad esta fortaleza, no en el pan material que robustece nuestro cuerpo, sino en el Pan de los cielos que vigoriza el espíritu: ved con un santo desprecio los reinos y tesoros del mundo, para no cifrar vuestro amor sino en el Arbitro Supremo de los cielos y la tierra: guardad el tesoro de vuestra fe con el candor de la paloma; pero estad alerta contra el contagio de la falsa conciencia con el santo temor de Dios, esperándolo todo de su bondad, sin tentarle nunca. Este es el camino, en cuyo término veréis levantarse los muros de la ciudad eterna: andadle bien, y no tardaréis mucho en sorprenderos con inexplicable gozo en el número de sus felices moradores.

## PRIMERA PARTE

DE LA

## DOCTRINA CRISTIANA.

## VIGESIMASEXTA INSTRUCCION.

SOBRE LA VIDA PUBLICA DE JESUCRISTO.

*Verè Filius Dei erat iste.*

Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.

Math. Cap. XXVII, v. 44.

1. ACABADOS los cuarenta dias que nuestro Señor Jesucristo quiso pasar en el desierto en retiro, ayuno y oracion, y vencido por Su Majestad el demonio de la manera que acabáis de ver en mi precedente instruccion, amados hijos, dió principio el Hombre Dios á esa carrera pública de predicacion, milagros y padecimientos con que realizó en toda su plenitud el plan de regeneracion y de salvacion que tenia concebido en pro de la humanidad delincuente. Sin perder un solo instante dió paso á tan gloriosa carrera; pues el evangelista nos dice que acabada la tentacion, se retiró de Jesus el diablo, y comenzó aquel Divino Maestro, movido del Espíritu Santo, su carrera, pues "retornó á Gallilea, y corrió luego su fama por toda la comarca: enseñaba en sus sinagogas, y era "estimado y honrado de todos." Ya desde aquí siguió sin tregua ni descanso aquella carrera de luz y de santidad, aquella mision de gracia y de salud, aquel ministerio divino que unido á su Pasion y muerte, habia de mostrarle á la faz de los cielos y la tierra como el Maestro Divino y Salvador de los hombres.

2. Voi pues, hijos míos, á daros una instruccion pastoral sobre la vida pública del Mesías, no con el ánimo de profundizar con vosotros este abismo insondable de luz y de grandeza, pues tal cosa seria un verdadero imposible para mí; sino á fin de ofrecer á vuestra meditacion un punto de partida para caminar sin tropiezo por un sendero

que debe incesantemente recorrer. La vida de nuestro Señor Jesucristo no es un asunto que pueda estar encerrado en un discurso ni en un libro; ella ocupa la mente de todos los sabios católicos que han sido la admiración del mundo: ella es la clave de una ciencia universal y en cierto modo infinita, la base del incontestable edificio sentado inamoviblemente sobre los apóstoles y los profetas, cuya piedra angular es Jesucristo: ella es luz infinita para la razón, fortaleza incontestable para la voluntad, inagotable depósito de tiernos afectos y sentimientos sublimes para el corazón: ella baña con sus luces la vasta extensión del universo, y ocupa la dilatada carrera de diez y nueve siglos. Un entendimiento regenerado, una ciencia definida y perfecta, una virtud encubierta hasta el rango de la santidad, un magisterio instituido de verdad y virtud; fuentes inagotables y copiosas vertiendo sus raudales á torrentes, para comunicar á la naturaleza todas las fuerzas de la gracia; una familia modelada sobre el tipo del orden mas perfecto; una sociedad reconstituída por la mano que crió los mundos, reglada por su sabiduría, sostenida por su poder; una legislación enteramente nueva; caracteres de un orden elevado; artes engrandecidas por concepciones casi sobrehumanas: he aquí algo de lo mucho, de lo incontable é infinito que se desprende, como de un manantial, de la vida pública de nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién abarcar pudiera este conjunto?... Voi pues, hijos míos, como tengo dicho, no á recorrerle, sino á prevenir su estudio; no á enumerar y explicar sus pormenores admirables, sino á daros una luz, para meditarle. ¿Qué luz es esta? No la de la razón, sino la de la fe; no la del hombre, sino la de Dios. Quiero mostraros el gran principio, cuyo desarrollo práctico fué la vida de Jesucristo, y cuya carrera vastísima de aplicaciones es y será la historia de su Iglesia. ¿Qué principio es éste? Que aquel personaje, presentado á los sentidos del cuerpo como un hombre, no era solo esto, sino tambien un Dios. Apareciendo Jesucristo á la faz de los pueblos, hecho hombre y viviendo entre los hombres, como se explica el evangelista, no necesitaba ciertamente persuadirles de su Santa Humanidad; mas no mostrándose como un Dios á los sentidos, habia menester de manifestar á la inteligencia su Divinidad, para formar la fe, mostrar los caracteres de su doctrina y de su sacrificio y conseguir atraer á su reino adoradores en espíritu y en verdad. Este fué su pensamiento; y por lo mismo véis cómo, al través de los velos y apariencias humildes con que quiso aparecer en el mundo, tuvo siempre cuidado de dejar traslucir suficientemente su Divinidad, á fin de que todos, con solo meditar su doctrina, contemplar sus obras y examinar su carácter, pudiesen decir lo que el Centurion á la vista de su sagrado cuerpo y del sentimiento de la naturaleza: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!" *Verè Filius Dei erat iste.*

3. Esta es, hijos míos, la verdad que me propongo inculcaros al presente. Una doctrina que hace resplandecer en la tierra la luz de la Divinidad; hé aquí la predicación de Jesucristo y el objeto de la primera parte de esta instrucción: una conducta que pone de manifiesto á la vista de los hombres el poder infinito y la bondad suma de Dios; hé aquí las obras y el carácter moral de Jesucristo, sobre que me propongo hablaros en la segunda. Estadme atentos.

## I.

4. El entendimiento, amados hijos, concedido al hombre para que pudiese conocer la verdad, siempre ha tendido á su objeto, y el espíritu de investigación es tan antiguo como el mundo. Por esto vemos remontarse hasta las primeras épocas del género humano los orígenes diversos de sus conocimientos naturales, y figurar en todos tiempos con mas ó ménos brillo á los sabios y filósofos. Sin embargo de todo esto, y á pesar de la fastuosa pompa con que la antigüedad gentilicia ostentaba la galería de sus sabios, de sus oradores, de sus poetas, de sus insignes artistas, el Profeta juzgaba del mundo con la mas rigurosa exactitud, cuando, refiriéndose al Mesías que estaba ya para nacer, le presentó como una luz que le habia de sacar del caos y de entre las sombras de la muerte: ¿Qué quiere decir esto, amados hijos! ¿qué los hombres no conocían absolutamente nada? ¿qué no tenían ni un rayo de luz en sus mentes? ¿qué habian perdido la vida del sentimiento? No: los hombres pensaban, pero pensaban mal; los hombres conocían, pero conocían mal; los hombres sentían, pero sentían mal. Pensaban mal, porque habian perdido el camino, como el que se extravía, que sin dejar de andar, camina sin provecho. Conocían algo, porque se hallaban en comercio con la naturaleza y tenían la facultad de discurrir; pero sus conocimientos adolecían de tres vicios, conviene á saber: del error, que unas veces sustituía del todo y otras echaba sus tinieblas sobre la verdad; de la limitación, pues conociéndose algo tan solo, se ignoraba todo lo demas; y por último, de la esterilidad, pues todo aquel aparato de luces, toda aquella taréa de investigaciones, toda aquella pompa de palabras de nada servían á la virtud y á la felicidad. Sentían tambien, pues donde hai corazón con un espíritu que le anime, hai vida sentimental; pero aquella vida, engolfada en los sentidos, en los placeres, en la carne, lejos de ser vida, era una verdadera muerte, pues carecia de esa expansión espiritual hácia los cielos que dirige á una dichosa inmortalidad. Estaban pues, sin embargo del génio, del talento, del saber, hundidos en las tinieblas de la ignorancia é inmóviles en los abismos de la muerte: *In tenebris et in umbra mortis sedent.*

5. ¿Qué se necesitaba pues, hijos míos, en aquella época para la regeneración intelectual y moral de todos los hombres? Tres cosas: reincorporar su pensamiento en los senderos de la sabiduría; comunicarles una verdad pura y plena, y desprender su corazón del sensualismo elevándole al orden espiritual; se necesitaba camino, verdad y vida. Ahora bien: ¿concebís un hombre capaz de cambiar por sí el camino intelectual y moral de las generaciones? ¿un hombre capaz de sustituir cuarenta siglos de errores y tinieblas con la revelación instantánea de una verdad suma, de una verdad pura, de una verdad fecunda para el bien? ¿Concebís á un hombre capaz de desprender el corazón de la humanidad entera de todos sus hábitos, de todas sus costumbres, de sus afecciones mas íntimas y de sus objetos mas queridos? No, me diréis: no solo no concebimos á un hombre como este, pero ni aun creemos que sea posible su existencia." Y me diréis bien; porque quien tal hiciese, no podía ser solo un hombre, era necesario que fuese un Dios. Si pues de hecho se presenta un hombre en la tierra, sin riquezas, sin rango mundano, sin conexiones con ninguno de los grandes poderes que influyen en el mundo; un hombre nacido entre las pajas de un arruinado pescobre de un meson, pasando una vida

oscura y desapercibida casi, sin viajar ni cursar escuelas, ni entablar relaciones científicas, ni incorporarse en la alta sociedad: si este hombre, apareciendo, desplega sus labios, anuncia que con escucharle y seguirle se obrará la gran maravilla de la restauración intelectual y moral del mundo, y hará el hombre la gloriosa conquista de su eterna felicidad: si habla, y revela una doctrina desconocida, sorprendente, intachable: si cambia en efecto con su doctrina la faz intelectual y moral de la tierra: si levanta la verdad hasta el rango sublime de un reino, y la emite con poder, y la sostiene con autoridad, y la saca siempre victoriosa en todos los combates: preciso es decir á una voz, y decirlo con la fuerza de la convicción mas profunda y el reposo de la seguridad mayor que cabe en la evidencia: "Este hombre es un Dios." Pues bien, hijos míos: ved aquí la consecuencia que la misma razón, apoyada en el mas alto criterio, deduce de la doctrina de Jesucristo, considerada en las circunstancias de su predicación, en el conjunto de sus caracteres, en la fecundidad prodigiosa de sus efectos, en la gloriosa carrera de sus triunfos.

6. Preséntase á la faz del Universo este Maestro Divino, del Universo cubierto de las mas espesas tinieblas, ferocemente dominado por todas las pasiones, asquerosamente hundido en el inundo fango de todos los vicios: abre sus labios, y pronuncia estas palabras perdurablemente célebres en los fastos de la sabiduría, de la virtud y la felicidad; estas palabras en que se resumen todos los designios, todos los medios y todos los resultados de la misión del Verbo Divino revestido de la naturaleza humana; estas palabras que no habia pronunciado ningún orador, y cuyas ideas no se habian presentado jamas á la mente de ningún filósofo: "Yo soi la luz del mundo: el que me sigue, no ca-  
"mina á oscuras, sino que tendrá la luz de la vida." Véis aquí á Jesus como una antorcha sublime que franquea las avenidas de la verdad á todo entendimiento, como un dispensador supremo de esta verdad misma y de la felicidad que promete. Pero, queriendo ser mas explícito aún y mostrarse con toda exactitud como el triple remedio que necesitaba el hombre para reincorporar su pensamiento en la buena senda, poseer la verdad sin límite ni mezcla y vivir con la vida del espíritu, dijo en otra ocasión: "Yo soi el camino, la verdad y la vida." *Ego sum via, veritas, et vita.* ¿Por dónde caminaba el entendimiento humano? por la senda de una naturaleza viciada. ¿Por dónde debía caminar para no perderse? por el sendero de una naturaleza regenerada por la gracia. ¿Dónde está esta naturaleza ennoblecida y regenerada por la gracia? En Jesucristo, y nada mas que en Jesucristo. Dios y Hombre verdadero, encumbró al mas sublime rango la naturaleza humana tomándola para sí, la regeneró con su espíritu, la arrancó de los abismos por donde se precipitaba, y la puso de nuevo en el camino que conduce á la felicidad. "Nadie viene al padre sino por mí," decía; y como nadie es feliz sin ir al Padre, claro es que Jesus es el camino. "Os llevaré conmigo," decía tambien, para que "donde yo estoi, estéis tambien vosotros." ¿Dónde está Jesus? "Yo estoi en el Padre," responde él mismo, y el Padre está en mí." Luego los que caminan por Jesus, estarán tambien en el Padre, serán enseñados del Divino Espíritu y adquirirán la felicidad eterna. ¡Qué palabras! ¡qué ideas! ¿Cabia en el hombre cosa igual, ni aun remotamente parecida? ¡Qué mezcla tan prodigiosa de sencillez y sublimidad! ¡Nada mas simple que

la palabra; nada mas elevado que el concepto! Jesucristo es el camino, y este camino, cuyo término es el Padre, aproxima tanto sus dos extremos, como lo están el Padre y el Hijo. Ved pues cómo Jesucristo, en el primer carácter con que se manifiesta, obliga soberanamente al hombre á reconocerle como un Dios.

7. Pero no se contenta con esto. ¿Qué objeto lleva el entendimiento en su carrera? Conocer la verdad. ¿Qué habia conocido hasta entónces? Poco, mal y estéril. Conocerlo todo, conocerlo bien, conocerlo para ser plenamente feliz, no era obra del hombre ni podia ser otra cosa que la dispensación de un Dios. Por esto Jesucristo, verdadero Dios y Hombre, se presenta, no solo como una guía segura para dirigir el entendimiento, sino como la verdad misma: "Yo soi la verdad." ¿Qué habian dicho hasta entónces todos los filósofos? "Buscamos la verdad." ¿Qué habian dicho hasta entónces todos los sabios? "Conocemos la verdad." ¿Qué habian dicho hasta entónces todos los controversistas? "Defendemos la verdad." ¿Qué habian dicho hasta entónces todos los oradores? "Persuadimos la verdad." Hasta aquí podia llegar la vanidad de la filosofía, la vanidad del saber, la vanidad del ingenio; hasta aquí podia llegar el hombre: pasar de aquí era un imposible; querer pasar de aquí hubiera sido una ridícula quimera. Abrid la historia; registrad minuciosamente todas sus páginas; consultad las tradiciones, y respondedme: ¿Quién habia dicho ántes de Jesucristo: "Yo soi la verdad?" Nadie. ¿Quién siquiera quiso ni pensó decirlo? Nadie. Mas Jesucristo dice sin vacilar: "Yo soi la verdad," y con solo esto se revela todo un Dios. ¿Qué dijo el Señor á Moysés cuando este caudillo le preguntaba por su nombre? "Yo soi el que soi." ¿Qué dijo San Agustín para definir la verdad? "La verdad es lo que es." ¿Qué consecuencia infiere toda la filosofía católica de estas dos premisas? *La verdad es Dios, Dios es la verdad misma.* Luego, quien dice al hombre: "Yo soi la verdad," se muestra como un Dios: Luego Jesucristo en esta segunda parte de la sinópsis de su magisterio declara que es un verdadero Dios.

8. Mas ¿qué conseguiría el hombre con solo el conocimiento de la verdad, hermanos carísimos, si absolutamente no pudiese pasar de aquí? Abandonarse á la desesperación de ser feliz; porque la verdad le manifestaría la residencia y los caracteres del bien, y su parálisis moral le haría sentir la pena consiguiente á la evidencia de su incapacidad para poseerle. Ved aquí por qué Jesucristo, no satisfecho con mostrarse al hombre como la verdad misma, se le presenta como la vida plena, perfecta, única: "Yo soi la vida." ¿Cuál era el bien mas precioso que buscaba el hombre? La vida. ¿Qué vida conseguía? La del error, la de las pasiones, la de los placeres, la de los sentidos: una vida circunscrita en límites pequeños, una vida que pasa como sombra y que no deja sino confusos recuerdos en el sepulcro. ¿Podía contentar esta vida las nobles aspiraciones de una alma poseedora de la verdad? No: era necesaria otra vida, que no estoviese ni circunscrita por el espacio ni medida por el tiempo; una vida de goces inefables y puros, de expansión inmensa, de perdurable ventura; una vida en el Autor de la vida, una vida en Dios. Pues bien: si fuera de Dios no es posible adquirir una vida tal, ¿qué diríamos de aquel que deja escapar de sus labios estas palabras de ventura: "Yo soi la vida?" Que no es un hombre, sino un Dios. ¿Por qué? Porque el hom-

bre ama la vida, quiere la vida, procura conservar la vida, teme perder la vida; pero no es la vida misma: ama, procura conservar y teme perder una cosa que no es el mismo: solo el que existe por la necesidad de su naturaleza, solo el Eterno es la vida. Ved pues, rectamente inferida del tercer aspecto bajo que se presenta el Mesías, su Divinidad esencial.

9. Mas no nos detengamos aquí; pues pasando Jesus á predicar su doctrina, despide una luz infinita y eterna por cada una de sus palabras. Ora fije los caracteres de sus escogidos trazando el sendero de la felicidad, ora determine las cualidades propias de aquellos que habian de evangelizar al mundo con la autoridad de su palabra, ora explique su Ley y dé reglas prácticas á la conducta moral, donde quiera da pruebas irrecusables de que es el camino, la verdad y la vida, de que es un verdadero Dios. Sube á la montaña para explicar los títulos únicos de bienaventuranza, es decir: las condiciones indispensables para la vida eterna, y hace al mundo una verdadera revelacion, mostrándole que la felicidad y la gloria se hallaban en el opuesto rumbo que las habian señalado sus sabios y sus filósofos. Hasta entonces las riquezas habian pasado con tal aparato de grandeza y con tanto brillo, que para señalar á un ser infeliz, bastaba decir: "este es un pobre;" el orgullo habia ganado tanto terreno en el teatro del mundo, que los mansos y humildes eran como el desecho suyo: las lágrimas de la tribulacion repelian tanto, que ni aun la muerte se escapó de llevar un disfraz de mentira en las flores y perfumes con que se tenía cuidado de engalanar la tumba; la venganza pasaba por una virtud, decidia los combates, y mas de una vez habia inspirado á los poetas: las galas espléndidas que cubrian el cuerpo, parecian destinadas á sustraer de la vista de los otros toda la gangrena del corazon: la paz de la conciencia era una cosa desconocida, y las terribles persecuciones, cebándose en sus víctimas, las presentaban ó á la curiosidad ó á la indiferencia como un objeto desgraciado. Tales eran las ideas del mundo, tales las prácticas dominantes, cuando Jesucristo, subiendo al monte para enseñar su doctrina, y queriendo dar las señas mas eficaces para conocer y distinguir con toda seguridad entre todos los hombres á los herederos de su reino y verdaderos felices, redujo el número de ellos á los pobres de espíritu, á los mansos, á los que lloran de atribulados, á los que han hambre y sed de justicia, á los misericordiosos, á los de corazon limpio, á los que disfrutaban la paz interior, y finalmente, á los que padecian persecucion por la justicia.

10. Una doctrina de esta clase, chocando de frente con todos los elementos intelectuales y morales, con todas las ideas, costumbres, hábitos y propensiones del mundo, no podia establecerse sino forzando todas las posiciones del demonio en una lucha de siglos. Esta doctrina quedaria establecida como una institucion, seria enseñada por un ministerio; mas la institucion y el ministerio tendrian que resistir el furioso embate de la ignorancia, del error y de las pasiones. Jesucristo atraviesa con su vista el tenebroso porvenir; mira la serie de tribulaciones que se esperan á cuantos han de creer en él y predicar en su Nombre; y á fin de fortalecerlos para que no sucumban en tan tremendas batallas, se las anuncia, no como un retraente de temor, sino como un estímulo noble de esperanza y un título de gloria. "Dichosos seréis, dice, cuando los hombres por mi

"causa os maldijeren, y os persiguieren y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros. Alegríos entonces y regocijáos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos." ¡Qué prevision! ¡qué promesa! ¡qué arte tan sublime de anticipar con la seguridad del triunfo el heroismo del combate! Harás la guerra en todo sentido á los discípulos del Redentor: guerra de tentacion con insidiosas preguntas; guerra de seducción; guerra de sangre y esterminio; mas esta lucha está prevenida con una promesa de irresistible sabiduría, que habia de confundir en las córtes la presuntuosa razon de los grandes; con un poder de abnegacion que dominaria el de la necesidad y despreciaria toda la magnificencia y los mentidos placeres del siglo; y con una fortaleza sublime, que desde los quicios de la eternidad se reiria de la muerte. Ved, si no, cómo prepara Jesucristo á sus discípulos para triunfar con gloria en esta triple guerra. ¿Se trata de aquella que les tentaria con insidiosos discursos? Pues para ella les asegura con la promesa de respuestas decisivas y triunfantes que dará el Espíritu Santo por sus labios. "Cuando estéis ante los reyes y magistrados, les decia, no os echéis á pensar lo que habéis de decir y el modo con que os habéis de expresar; pues en aquella hora se os dará lo que habéis de hablar, no siendo vosotros quien hablaréis, sino el Espíritu Santo que hablará en vosotros." ¿Se espera la guerra de seducción, que tienta las necesidades del tiempo con las magníficas promesas del mundo? Jesucristo se anticipa, mostrando á los suyos que el reino de Dios debe ser el primer objeto de su solicitud, y prometiendo como por añadidura los bienes de la tierra. No os acongojéis, les dice, por el cuidado de hallar que comer, ó de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. ¡Qué no vale mas la vida, ó el alma, que el alimento, y el cuerpo que el vestido?" Y para que no entendiésemos que de esta suerte quedaban reducidos á la mas absoluta privacion aquellos que se dedicaban todos al divino servicio, les asegura con la tierna solicitud de aquella Providencia que, no descuidándose ni de las aves del cielo, atenderia con mayor cuidado á la mas perfecta de sus criaturas: "Mirad las aves del cielo, decia, cómo no siembran, ni riegan, ni tienen graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valéis vosotros mucho más en comparacion que ellas?" ¡Quién al sentir este golpe reflejo hácia el Criador no descansa en las promesas de Jesucristo! Sin embargo, este divino Maestro descarga el último golpe sobre todo el esplendor y magnificencia del mundo, con ocasion del vestido, haciendo á sus discípulos una cita inefablemente bella, borrando con las gracias vírgenes de la naturaleza todos los falsos brillos de las artes: "Contemplad, les dice, los lirios del campo cómo crecen y florecen; ellos no labran, ni tampoco hilan. Sin embargo, yo os digo, que ni Salomon en medio de toda su gloria se vistió con tanto primor como uno de estos lirios. Pues si una yerba del campo, que hoy es y mañana se echa en el horno, Dios así la viste; ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fe?" De una doctrina tan verdadera, de una demostracion tan estrictamente lógica, de un toque tan sublime á la fe, pártese Jesucristo para inculcar á sus discípulos la preferente solicitud en buscar el reino de Dios, y desarma con todo esto el poder de la necesidad y el de la seducción con todos los bienes de la tierra: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, les dice, y todas las demas cosas se os darán por añadidura."

11. ¡Vé por último venir hácia los suyos amenazante y furiosa esa guerra de terror y exterminio, que se levantará para rier de la superficie de la tierra á todos los adoradores de la Cruz! Pronto irá él delante con la suya, trasformando la muerte en vida, y haciendo salir de las tinieblas del sepulcro los esplendores de su eternidad: "No temáis, dice á sus discípulos, "no temáis á aquellos que matan el cuerpo; porque no son capaces de dar muerte al espíritu. Antes bien, temed á aquel que puede precipitar el cuerpo y alma en los infiernos!" *Nolite timere eos qui occidunt corpus; animam autem non possunt occidere. Sed magis timete eum, qui et corpus et animam potest perdere in gehennam.* Dijo, dió el primer ejemplo espirando sobre la cruz en el Calvario, y confirmó su promesa de inmortalidad, resucitando glorioso y subiéndolo á colocarse á la diestra de su Padre. ¡Lección sublime y fecunda, que sería repetida por tres siglos de sangre con el ejemplo de los gloriosos confesores del cristianismo!

12. Ved pues cómo Jesucristo, fortaleciendo á los suyos y afirmando desde el punto de partida los pasos de sus apóstolos y discípulos, confunde al mundo, que arrojará sobre ellos la oscuridad del desprecio, transformándoles en esplendores divinos que derriban la sabiduría por todo el Universo, en tutelares permanentes de la virtud con los mas ilustres ejemplos. De esta suerte Jesucristo hace resplandecer su divinidad al fijar y hacer existir los caracteres de sus ministros, llamándoles "*Sal de la tierra,*" para darnos á entender su magisterio moral; y "*Luz del mundo,*" para consagrar con su promesa la autoridad de su palabra.

13. Si de aquí pasamos, hijos míos, á la doctrina de la Lei, no podemos ménos de confesar como un Dios al que se muestra venido para darla toda su plenitud, y enderezar á su cumplimiento los pasos de toda la humanidad. En cuanto á lo primero, nos dice: "No penséis que yo he venido á destruir la doctrina de la Lei ni de los Profetas: no he venido á destruirla, sino á darla su cumplimiento." En cuanto á lo segundo, pronuncia estas palabras, que son una sentencia anticipada: "El que violare uno de estos mandamientos, por mínimos que parezcan, y enseñare á los hombres á hacer lo mismo, será tenido por el mas pequeño, esto es, por nulo, en el reino de los cielos; pero el que los guardare y enseñare, ese será tenido por grande en el reino de los cielos." Esto es bastante expreso, hijos míos; pero el Divino Maestro va mas adelante con su prevision y con su celo; quiere hablar en términos bastantes para dar á entender hasta qué punto se había encumbrado la Lei divina bajo su magisterio, y cuál debia ser la excelencia del carácter moral de sus discípulos sobre los que entónces pasaban por mejores bajo el régimen de la Lei antigua. He aquí sus palabras: "Yo os digo que si vuestra justicia no es mas llena que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos."

14. Conforme á estos principios traza divinamente la pauta del hombre segun el Evangelio, y extiende las ligaduras de la Lei hasta lo mas íntimo del alma: el sentimiento interior, el pensamiento mismo quedan sujetos á la lei de la santidad: es necesario para cumplirla servir á Dios exclusivamente, porque "ninguno puede servir á dos señores;" respetar de tal suerte su Santo Nombre, que sin un motivo justísimo, no fuese lícito jurar; no quedar satisfecho con abstenerse de matar ó herir, sino arrojar el odio del corazón, la censura de los labios, preparar la ofrenda, para no verla desechada, con la recon-

ciliacion fraternal, presentar la mejilla izquierda al que hiere la derecha, y otorgar al prójimo, aun siendo enemigo, los derechos del amor. La honestidad, asegurada por la lei que prohibe el adulterio, subirá bajo la Lei de Cristo hasta el rango de una sublime pureza: pondrá el hombre prisiones á sus ojos para no contaminar su alma ni con la mas leve mirada, y arrojará fuera de su pensamiento cuanto sea capaz de empañar el esplendor de tan preciosa virtud. Será el hombre, para seguir su espíritu, no solo benéfico, sino caritativo; esto es: benéfico únicamente por Dios y para Dios: no verá su mano izquierda lo que hace su derecha, pues basta la presencia del Padre celestial. La devoción; la piedad y todas aquellas manifestaciones del espíritu á Dios no serán atractivos de vanidad para el concepto del mundo, sino tesoros guardados en el retiro, flores cultivadas en el desierto. Hablará el hombre con su Dios; pero con tal mesura y suficiencia tanta, que con solo seguir el modelo de oracion que le dejó el Divino Maestro, apartará de sí con su plegaria todos los males, y atraerá con su fervoroso ruego todos los bienes.

15. Ved pues, amados hijos, cómo resplandece aquí toda la sabiduría de un Dios, y cómo Jesucristo con solo mostrarse á los hombres camino, verdad y vida, con solo desplegar sus labios para enseñar los caracteres de su reino, profetizar las tribulaciones de sus ministros, asegurar á estos y á cuantos creyeran en su Nombre contra todo linaje de tribulaciones, hacer ver sus designios acerca de la Lei divina, y trazar las reglas de la conducta moral, se mostró un verdadero Dios. Su verdad vence á la naturaleza por las misteriosas revelaciones que contiene; muestra su origen divino por lo infinito de su comprension y la pureza de su ser; pues comprende á Dios y al hombre con todas sus relaciones, y no tiene ni falta que la trunque, ni sombra que la eclipse, ni error que la confunda: tocando con sus extremos á lo mas elevado y á lo mas humilde en las regiones del espíritu, conduce los misterios hasta las humildes chozas, y se hace esuena de todos los hombres: destinada principalmente á producir el sumo bien, se transforma en camino bajo la prescripcion de la Lei eterna, y se brinda como felicidad en la dispensacion de la gloria. Véis pues la Divinidad de Jesucristo probada por una doctrina que revela la sabiduría de un Dios. Pasemos á verla demostrada igualmente por su conducta misma, donde admiramos igualmente el poder y la bondad de un Dios.

## II.

16. Aunque esta doctrina del Mesías, hermanos carísimos, reúne tales caracteres de plenitud, santidad y grandeza, que no siendo capaz de inventarla un hombre ni todos los hombres juntos, basta por sí, como acabáis de ver, para dejar plenísimamente comprobada la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo; no quiso, sin embargo, este Divino Maestro reducirse á enseñar con la palabra para formar la fe, sino que á la autoridad soberana de sus discursos quiso añadir el irresistible poder de sus obras. Jesús habia dicho á sus discípulos, y en ellos al mundo cosas tan estupendas, que dejaban á todos en una profunda suspension. Identificábase con su Padre mismo, diciendo: "Quien me ve á mí, ve al que me envió;" presentábase como la luz eterna que habia de inundar el alma, entrando á ella por la puerta de la fe: mostrábase órgano del Eterno Pa-

dre en su predicacion, diciendo: "El mismo me ordenó lo que debo decir y cómo he de hablar." aplazaba su muerte para un tiempo, anunciando su resurreccion en seguida, y daba una solemne cita á la humanidad entera para su segunda venida en gloria y majestad á juzgar á todos los hombres: brindaba con los arcanos de su sabiduría infinita á los sencillos y pequeños, arrebatando al mismo tiempo tan esplendente luz de la vanidosa mente de los sabios y prudentes del siglo: levanta sobre la universal abnegacion el edificio de la virtud, y señala, con las espigas de su corona, los trabajos de su Cruz y la santidad de su Lei, el camino de la gloria: no quiere que nos atraiga el mundo, ni nos intimide la muerte, ni nos abata la adversidad, ni nos encoje la persecucion y saña de nuestros enemigos: transforma en emblemas de gloria la pobreza, el hambre, la tribulacion, el desprecio del mundo, y en fuerza lo que él llama debilidad: acepta como título para el cielo lo que la vanidad del siglo odia ó desprecia: cambia en suma todo el cuadro moral de la humanidad sin otro elemento que su palabra. La empresa, hijos míos, era, no diré ardua, grande, colosal; porque estas palabras están ya muy gastadas por la admiracion que arrastran esos hombres que el mundo llama célebres: la empresa era divina; y si para darla á conocer, se necesitaba toda la sabiduría de un Dios; para llevarla á cabo, era indispensable una manifestacion constante de su poder y una intervencion directa de su gracia. El hombre de Cristo habia de enseñorearse del mundo por la fe, segun la bella observacion de Juan á sus discípulos, y esta fe necesitaba, no solamente la luz de una sabiduría divina, sino tambien la fuerza de un poder infinito, el tipo de una bondad suma. Por esto Jesus, despues de explicar á sus discípulos misterios tan estupendos, máximas tan divinas y preceptos tan severos, exige la fe, que habia de ser la base de nuestra conducta moral, no solamente con la autoridad de una palabra que atribuye al Padre, sino tambien con la admirable prueba de sus obras y la promesa de comunicar á cuantos hubiesen de creer en él, un poder semejante para practicar estas obras divinas. "¿Cómo no creéis, les decía, "que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? Creedlo á lo ménos "por las obras que yo hago. En verdad, en verdad os digo, que quien cree en mí, ese hará tambien las obras que yo hago, y las hará todavía mayores." (Joann. XIV, 11 y 12.)

17. Consecuente con esta manifestacion, Jesucristo confirmó su doctrina con sus obras, obrando milagros que á cada paso admiraban y hacian estremecer de terror á las turbas, y mostrando un carácter moral tan puro, tan tierno, tan elevado, tan sencillo y tan sublime al mismo tiempo, que cuando no hubiese intervenido mas prueba, él solo habria bastado para reconocer en Jesucristo la santidad infinita, la bondad esencial de todo un Dios.

18. Os he hablado, hijos míos, en la segunda parte de mi última instruccion preliminar sobre los milagros de Jesucristo, considerados como otras tantas pruebas incontrastables y magnificas de su poder divino: no les mencionaré pues ahora, sino para darles una aplicacion mas bella todavía; para considerarles como reales angustos de su bondad infinita y prendas anticipadas de su amor á nuestro corazon, á fin de sostener nuestra esperanza. No separaré, pues, el conjunto de los milagros de los rasgos de su

carácter y las manifestaciones de su amor: voi á presentaros á Jesucristo bajo un aspecto moral, atrayendo el amor del hombre con el suyo, mandando á la naturaleza para favorecer á sus hijos, practicando las virtudes para formar las muestras, dilatando su corazon para ennoblecere y consagrar los sentimientos mas tiernos y las conexiones mas gratas de la naturaleza.

19. Le habéis visto darnos el tipo de la mas perfecta piedad en la fidelidad con que atiende al servicio de su Eterno Padre, mostrarse órgano suyo en la verdad que anuncia para consagrar la fe, asegurarnos que este Padre lleno de bondad acogerá propicio las súplicas humildes que le dirigiremos en su Nombre, fijando así los caracteres propios, y dando las garantías de la esperanza. Le habéis visto negarse de tal suerte á sí mismo, estrecharse con tal intimidad con las fatigas, congojas y tribulaciones de la vida, someter de un modo tan absoluto su voluntad á la del Padre, que nos dejó con solo esto el tipo mas perfecto de la caridad. Mas no satisfecho con practicar esta divina virtud en el primero de sus objetos, que es el mismo Dios, tuvo particular empeño en hacer palpable de continuo el tierno amor que profesaba á los hombres.

20. Vedle, hijos míos, en la carrera de sus relaciones con ellos durante el curso de tres años: observad la fidelidad con que cumple los mismos deberes que nos impone, la ternura con que consagra las mas tiernas conexiones de la naturaleza, la compasion con que mira y la solicitud con que atiende á los trabajos y las necesidades del hombre, el celo con que santifica la vida doméstica, y la sabiduría con que instituye, regula y sostiene todo el órden social. No hai institucion, no hai estado, no hai vínculo, no hai sentimiento legítimo, no hai prestacion benéfica, que no tenga un tipo acabado en Jesucristo. Asiste con su Madre á las bodas de Caná, obra el milagro de convertir el agua en vino para abastecer el festín, y con solo esto nos da el ejemplo de la urbanidad santificada por la religion, consagra la dignidad del matrimonio, y permite, dentro de los límites de la moral, las manifestaciones de un inocente regocijo. Sana en Capharnam milagrosamente al hijo de un señor principal, y con este prodigio, que obra para consolar las penas de un padre, se muestra como el tipo de la paternidad doméstica. Arroja del hombre los espíritus malignos que le poseen, liberta de la fiebre á la suegra de Pedro, del naufragio á los que bogan en el mar tempestuoso: restituye la accion corporal y el movimiento á los paralíticos: en fin, cura toda clase de enfermedades, consuela todo linaje de miserias, enjuga con su poder todas las lágrimas, y se muestra de esta suerte, no solo el bienhechor, sino el amigo por excelencia de todos los hombres. Detiénese conternado á la vista de esa Jerusalem ingrata y ciega, que muy pronto va á desaparecer bajo los reiterados y terribles golpes de un sitio destructor que no dejará de la reina de las ciudades piedra sobre piedra: contempla con su corazon aquella especie de agonía, que muy pronto seria seguida de la muerte: sus lágrimas anublan sus ojos, riegan sus mejillas, caen sobre aquella tierra querida y desercida: llora sin consuelo, y este llanto le presenta como el modelo mas perfecto del amor á la patria. Recibe con pena la noticia del fallecimiento de su amigo Lázaro: corre á su sepulcro, llora, le llama, y vuelve á la vida: ved aquí toda la solicitud y ternura de la amistad mas perfecta: ved estas lágrimas que caen sobre un sepulcro, seguidas de esa voz

que resucita á un muerto, presentar un conjunto tan tierno y sublime á un tiempo mismo, tan natural y misterioso por otra parte, que si puede sentirse, no es capaz de explicarse. Vedle con los niños: ¡qué cuadro! ¡qué carácter tan grande, tan bello, tan único en la historia del corazón! La inocencia de la infancia recibe con los cariños de Cristo las primicias de la felicidad. Atiende á estos poqueñuelos, apartando sus miradas del numeroso concurso; reprende á sus discípulos, porque quieren impedirles el llegar á sus brazos; corona esta bella manifestación de Dios al carácter mas bello que forma la gracia, diciendo que aquellos chiquillos se parecen á los ángeles del cielo y han de ver el rostro de su Padre celestial, y concluye declarando, para la enseñanza de todos los hombres, que no entrará en su reino el que no aparezca como uno de estos niños en su presencia.

21. Ha dicho que los pobres de espíritu son dueños del reino de los cielos, y por esto, siendo el dueño de toda la tierra en su plenitud, como predica el Profeta, nace en un pesebre, vive en la pobreza, muere en una cruz. Ha ofrecido coronar con el mismo goce á los mansos; y él se muestra como la oveja misma bajo el cuchillo del matador, sin resistirse y sin quejarse; sufre con paciencia el embate de las pasiones de sus enemigos, y no tiene para ellos sino palabras de paz. Ofrece los consuelos eternos de una venturosa inmortalidad á las lágrimas del justo atribulado; pero no contento con decirlo, llora primero que todos, llora por todos, llora con todos, para consagrar y ennoblecer las lágrimas de la humanidad. Brinda con las coronas de su reino á los hambrientos y sedientos de la justicia; pero es el primero que tiene hambre y sed: hambre en el desierto para practicar las mas heróicas virtudes: hambre en el pozo de Samaría por consagrarse á la salvacion de una pecadora: sed en la Cruz, de satisfacer á su Padre y multiplicar el número de los dichosos en la tierra. Promete recompensar con la misericordia del cielo la misericordia de la tierra, para destruir en ésta el funesto imperio del odio y la venganza; pero es el primero en dar á tan sublime virtud un modelo verdaderamente divino: Malco golpea con mano sacrilega su divina mejilla á tiempo de aprehenderle; mas Jesus, pegándole milagrosamente la oreja que Pedro irritado le hizo caer con su espada, curó al mismo tiempo dos heridas: la de su enemigo, retribuyéndole con una sanidad milagrosa su sacrilego ultraje, y la de la humanidad dominada por el espíritu de ira y de venganza, enderezando sus caminos á la práctica de la misericordia. Llama bienaventurados á los limpios de corazón, á tiempo mismo que el suyo, transparentándose, digámoslo así, á la vista de la humanidad con su eterna pureza, reflejaba por todas partes el esplendor vivo de su Padre. Llama bienaventurados á los pacíficos; pero á tiempo de nacer hace anunciar por los ángeles la paz del espíritu á los hombres, vuelve una palabra de paz al pérfido Júdas, y una tranquila mirada al extraviado Pedro, brinda con la paz á sus discípulos ántes de marchar á la muerte, y vuelve saludarlos con ella despues de su resurrección gloriosa. Declara inscritos en el registro eterno de los escogidos y poseedores de su reino á los que padecen persecucion por la justicia; y él vive como el blanco del escarnio, es el hombre del dolor, escucha una sentencia de iniquidad, porta sobre sus hombros el instrumento de su suplicio, y en él espira sobre las cumbres del Gólgota.

22. De esta suerte vemos á Jesus presentar en sí la realidad sublime de todas las virtudes; mostrarse como el tipo de la piedad en las relaciones con su Padre; santificar todas las conexiones de la naturaleza; presentarse como el modelo de la amistad y el hermano de los hombres. Pero no es esto todo; pronuncia una palabra con la cual erige sobre la tierra el reino temporal y el reino eterno, constituye la Iglesia y el Estado, tira la línea que divide á entrambas sociedades, y consagra los respectivos deberes. "Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios;" palabra suprema, que es la primera lei de toda sociedad; palabra fuerte, que obra su institucion; palabra sabia, que dirige su marcha, palabra fecunda, que se desarrolla sobre ambas legislaciones; palabra eterna, que fijará despues de la vida las consecuencias prácticas de la lei que ha impuesto á los hombres como miembros de la Iglesia y súbditos del Estado. Pero Jesus, no solo instituye, sino tambien practica, mostrándose como un dechado perfecto del ciudadano en sus relaciones con el poder público de la sociedad civil. En presencia del injusto Pilato reconoce la procedencia divina de su poder, diciéndole: "no tendrías poder ninguno sobre mí, si de lo alto no se te hubiese otorgado;" mas le declara responsable, y anticipa su fallo, añadiendo: "El que me ha entregado á tí, ha cometido un pecado mas grande que tú." Quiere que los reyes obren como ministros, y no como árbitros del pueblo; y para cerrar al orgullo todos los caminos, lava en el Cenáculo los pies de sus discípulos, y les sirve por sí mismo despues de haber sido anunciado como rei por los profetas, proclamado como Señor por los ángeles, servido como rei y adorado como Dios por los Magos.

23. Pero donde Jesus pareció esmerarse mas particularmente, mostrarse mas solícito y darse á conocer con caracteres mas claros y palpables como el modelo de todas las virtudes, fué, hijos míos, en su conducta para con los pecadores. El mundo estaba enfermo de muerte; Jesus viene á curarle y procede, mas que con el poder de la ciencia, con la eficacia del corazón. Pescador divino de las almas, tiene sus redes por donde abundan los peces, es decir: anda preferentemente solicitando á los pecadores; toda su moral es de misericordia. Vedle con el paralítico: le anticipa el perdón de sus pecados, y reserva la curacion de su enfermedad para responder con este prodigio al escándalo hipócrita de los fariseos en vista del primero. Acepta un convite que le da Matéo en accion de gracias, al cual asisten muchos publicanos y pecadores, y no contento con este paso de tanta eficacia para convertirles, alienta su esperanza confundiendo con una respuesta de misericordia el falso celo de los escribas y fariseos, que le murmuraban en presencia de sus discípulos al verle comer y beber con los publicanos y pecadores. "Los sanos, les dijo, no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos: misericordia quiero y no sacrificio; porque no he venido á llamar justos, sino pecadores." ¡Qué moral tan dulce! ¡qué ternura tan grande para con los infelices que gimen bajo la esclavitud de la culpa! ¡qué atractivo tan irresistible para el arrepentimiento!

24. Una mujer del pueblo, que con su mal vivir habia adquirido cierta funesta celebridad, movida tal vez por aquel orazon tan tierno, por aquella misericordia magnífica, y en cierto modo pródiga, siente un impulso que la saca de la inmunda y tenebrosa region en que yace: vuela en pos de Jesus, á quien encuentra comiendo con Simon

el leproso, á quien habia curado: entra; se arrega á sus piés, les riega con sus lágrimas, les besa una y muchas veces, les unge con un precioso unguento, que lleva en un vaso de alabastro; Jesus en tanto deja que aquel corazon contrito se desahogue á sus piés; mas el fariseo que le habia convidado, lejos de moverse con aquel espectáculo, se apoya en él para negarle á Jesucristo en lo interior de su pensamiento el carácter de profeta. “Si este hombre fuera profeta, decia para sí, sabria muy bien quién y cuál es la mujer que le toca.” Jesus entónces, que les con el ojo de su Divinidad aquel pensamiento, cuenta una parábola para significar la maravillosa transformación que acababa de recibir bajo el influjo de su gracia aquella célebre pecadora. “Perdonados le son sus muchos pecados, dijo dirigiéndose á Pedro, porque amó mucho;” y luego convirtiéndose á la mujer, la despide anunciándola su perfecta justificación: “Perdonados te son tus pecados.”

25. ¿Qué os diré, hijos míos, de la Cananá? En este cuadro halla la fe un torrente de luz, la caridad un tipo divino, la esperanza una prenda de seguridad. En su conducta con esta mujer quiso sin duda enseñarnos que aun en aquellos lances en que parece sordo á nuestros ruegos, no nos pierde de vista, y si difiere la concesión de sus gracias, es para dar margen á la incesante solicitud y santa importunidad del arrepentimiento. Pedíale aquella mujer llena de fe, que arrojase de su hija al demonio; y como el Señor la hubiese respondido que “no es bien tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros,” por ser ella gentil, su esperanza lejos de intimidarse con esta repulsa, se anima con una humildad sublime, y aceptando el despresivo apodo, replica. “Los cachorritos comen las migajas del pan de los hijos que caen de la mesa de sus señores.” ¡Dialecto feliz de la esperanza mas bien formada! tú arrancarás de aquel corazon, abierto á la fe y á la humanidad, el bien que solicitas! ¡“Oh mujer, exclama Jesus, movido por aquella instancia, grande es tu fe! Por esto que has dicho, ve, que el demonio ha salido de tu hija.”

26. ¡Cuál resplandecen su sabiduría y su misericordia en el juicio de la mujer adúltera, que con astucia insidiosa le presentaban los fariseos para tentar su fidelidad y su consecuencia! Como la lei de Moisés disponia que las desgraciadas víctimas de este pecado fuesen apedreadas, y ellos por otra parte veían la inclinacion de Jesucristo á la misericordia, le preguntan, dándole el título de Maestro, sobre lo que harían con aquella mujer. ¡Respondia Jesus que la dejasen? Esto les habria dado motivo para argüirle de prevaricador, pues aconsejaba la infraccion de la Lei. ¡Respondia, empero, que cumpliesen con lo mandado! Esto les habria servido de apoyo para tacharle de inconsecuente y poner en contradicción con su conducta, toda misericordia, tan riguroso juicio. Jesus entónces condena con su silencio esas ridículas tentativas, inclinándose al suelo y haciendo como que escribe; pero como ellos insistiesen, les dió una respuesta propia de un Dios, una respuesta de juicio y misericordia: “El que entre en vosotros, les dice, es: ‘té sin pecado, tire la piedra contra ella el primero.’” Dijo y se inclinó de nuevo, y continuó escribiendo en el suelo. Detiénese un poco en aquella actitud misteriosa; levanta su frente, y ya no ve allí, sino á la desgraciada mujer. Todos habian huido sorprendidos en los secretos de su iniquidad por la divina mirada de Jesus; entónces este

buen padre, convirtiéndose á la desgraciada, la dice: “Mujer, ¿en dónde están los que te acusan? ¿ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor, respondió ella,” y entónces Jesus le dijo: “Ni yo tampoco te condenaré. Vete y no peques ya mas.”

27. Estos hechos palpitantes, estas manifestaciones públicas y solemnes, estas pruebas prácticas y espléndidas de su misericordia podrian bastar á sus intentos; pero el amor, hijos míos, no sabe acabar. Su solicitud sorprende con invenciones prodigiosas: aquel médico de las almas teme todavía no haber hecho lo bastante para dominar con la esperanza el corazon de los pecadores: cree, y con harta razon, que todavía no se le ha comprendido, que todavía no se ha sondeado la profundidad de su misericordia; quiere mostrar hasta dónde llega su solicitud por los pecadores, y en tres parábolas que propone, abre par en par, digámoslo así, ante la delincuente humanidad las puertas de su corazon.

28. Preséntase en la primera bajo la imágen tiernísima de un hombre que tiene cien ovejas, pierde una, y va en busca de ella, dejando las noventa y nueve; y cuando la encuentra, la pone gozoso sobre sus hombros, y al llegar á su casa, convoca á sus amigos y vecinos, pidiéndoles el parabien por aquel feliz hallazgo. En la segunda simboliza su solicitud por convertir á los pecadores con la de una mujer, que habiendo perdido una de diez dracmas que poseia, enciende el candil, y barre la casa, y la busca con cuidado hasta encontrarla; y cuando lo ha conseguido, junta á las amigas y vecinas para pedirles el parabien. La última es la del Hijo pródigo, que despues de abandonar á su padre, partirse á regiones lejanas, disipar en todo linaje de vicios el rico patrimonio hasta caer en la mas horrible mendicidad, entrar al servicio de un tirano que le ocupa en paecer animales inmundos, y abismarse á tal degradacion que aun llega á envidiar á estos brutos las vellotas que comen; vuelve sobre sí, piensa en su padre, recuerda su amor y suspira por los bienes que disfrutaban en su casa hasta sus criados. Resuelve volver á su presencia: se levanta, corre, vuela, traspone los montes, salva las llanuras, columbra el querido asilo donde vió la primera luz, se acelera mas con su corazon que con sus pasos, y al postrarse ante el hogar paterno, se encuentra en los brazos y bañado con las lágrimas de júbilo del venerable autor de sus dias; quiere hablar, quiere desarmar su justicia con una plegaria de arrepentimiento, queda pendiente de los labios de su padre; y cuando espera una voz de perdon, escucha una expansion de júbilo, una invitacion de placer, el anuncio de un rico banquete; sorpréndese de nuevo engalanado con preciosos vestidos, recibe sobre su cuello la estola de honor y porta en su dedo la bella sortija: un paso mas, y se cruzan por todo aquel recinto doméstico los dulces ecos de una música melodiosa.... El anciano rebosa de placer; tiene á la vista, no un hijo ingrato y desleal, sino una mitad querida de su corazon que ha recobrado; aquella aparicion es un segundo nacimiento, y no parece sino que acaba de recibir del Autor de la naturaleza el primer fruto de la union conyugal. Si aquel hijo, feliz en su perdon, tocó á la puerta de su casa con un contrito pequé, no se pronunciará ya mas esta palabra: desaparecieron las tristes memorias, y solo queda la fruicion de una plena felicidad.

29. ¡Ved, hijos míos, de qué artificios tan delicados quiso valerse Jesucristo para ex-



plicar la sed que tenia de salvar á los hombres! ¡Con qué imágenes tan tiernas y atractivas quiso poner á nuestra vista toda la intensidad de su amor! La parábola de la dracma le sirve como para pintar lo mucho que valemos á sus divinos ojos, pues que versa sobre una moneda perdida: la parábola del Buen Pastor muestra su solicitud por buscarnos, encontrarnos y volvernos por sí mismo á su gracia: la parábola del Hijo pródigo parece tender á manifestar que somos la vida de su vida, y una especie de necesidad para su amor. La primera manifiesta los estímulos que su entendimiento pone á su clemencia infinita: la segunda la actividad inefable de esta misma clemencia, que no satisface con su disposición para perdonar, se adelanta, digámoslo así, hasta el extremo de perseguirnos con la gracia y obligarnos en cierto modo á recibirla: la tercera pone de bulto la generosidad sublime de su misericordia; pues todo lo olvida en materia de pecado, para consagrarse á los dulces placeres de la conversión del pecador. En estas bellas imágenes parece reflejarse todo el carácter de Jesucristo: dulzura, benevolencia, amor; y este carácter, que sostuvo siempre inalterable y realzaba de continuo con tantos prodigios de bondad y misericordia, le acompañó, bien lo sabéis, hasta los últimos instantes de su vida. Abre sus labios por la última vez ántes de espirar, y es para santificar con el suyo el desamparo de sus hijos, manifestar su sed insaciable de nuestra conversión y felicidad, dar á nuestras esperanzas las bellas primicias de su sacrificio franqueando las puertas del Paraíso á un ladrón arrepentido, dejarnos en herencia bajo la representación del discípulo amado á su tierna y querida Madre, y clamar á su Padre por un perdón general para todos sus enemigos.

30. Seria necesario, hijos míos, no acabar nunca, si quisiese repasar con la mente y el corazón la historia divina del Salvador del mundo. ¿Quién es capaz de sondear siquiera uno solo de los numerosos pasajes que contiene? Si se trata de su doctrina, podría señalarlos yo la ilustre galería de los ingenios que ha fecundado ella, los monumentos de la ciencia cristiana colocados en las bibliotecas del mundo, los diez y ocho siglos de la civilización moderna, lo que hai de mas noble entre los caracteres sociales, de mas firme en las instituciones políticas, de mas sabio en las legislaciones de los pueblos; y deciros: ¡véis! todo eso es apenas un débil rayo de aquel esplendor infinito. Si se trata de los caracteres con que se presenta en el mundo, él es el camino, la verdad y la vida; la sabiduría, el poder y la felicidad; el modelo y generador de la virtud; el Autor, el tipo y dispensador de la santidad; el fundamento de la esperanza y la realidad de la gloria. Todo el heroísmo cristiano; todas esas virtudes eminentes que ilustran los fastos de la Iglesia; todas esas revoluciones inmensas que sacando á los pueblos de la barbarie, les han colocado en las cumbres de la prosperidad social; esos grandes caracteres morales que humillan todas las virtudes del gentilismo, atraen la admiración, fecundan la virtud é inspiran al genio, son delgadísimas venas desprendidas de aquella fuente donde está lo infinito en todas líneas. ¿Qué mas os diré? Nada, hijos míos, sino presentaros la Cruz y mostraros el cielo. Entre ambas cosas no média una línea; estrecharse con la Cruz es vivir con Jesucristo; morir en sus brazos es penetrar infaliblemente á la dichosa vida de la ciudad eterna.

## PRIMERA PARTE

DE LA

## DOCTRINA CRISTIANA.

## VIGESIMASETIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA INSTITUCION DEL SANTISIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA.

*Ecco ego vobiscum cum omnibus diebus, usque ad consummationem seculi.*

Estad ciertos que yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos.

Math. Cap. XXVIII, v. 20.

1 **H**ABEIS visto, hijos míos, en mi precedente instrucción cómo Jesucristo Señor nuestro, que pasó los treinta primeros años de su vida en el retiro doméstico y sujeto á Maria y á José como el mas obediente de todos los hijos, dedicó los tres últimos, después de un ayuno riguroso de cuarenta días y cuarenta noches en el desierto y de haber vencido la tentación, á predicar su doctrina, enseñar su Lei, manifestar su poder con los milagros y poner á la vista su carácter verdaderamente divino. Le habéis visto en toda su carrera dar testimonio á la verdad, obsequio pleno á la justicia, nobles estímulos y modelos acabados á todas las virtudes. Le habéis visto en su tierna solicitud para con los desgraciados y pecadores, consolando á los primeros y perdonando á los segundos. Podia su Majestad haber quedado satisfecho con esto; pero aquel fuego de caridad que devoraba su alma, le traía constantemente ocupado en dar á sus hijos nuevas y mas brillantes pruebas de su amor. Llegó por fin el tiempo en que debió dar principio á su Pasión dolorosa; pero no quiso dar el primer paso en esta carrera de oprobio, de ignominia y de sangre, sin haber celebrado con sus discípulos aquella fiesta memorable de la última Cena, donde su amor le inspiró tales discursos y le condujo á manifestaciones de tal carácter, que abisman y confunden á la razon humana, y parecen